

EL HIJO DEL VIRREY

PEDRO ZARRALUKI

Las Tres Edades Ediciones Siruela



Este mapa ha sido realizado por Álvaro Zarraluqui. Lo ha hecho adaptándolo a los sucesos que transcurren en la novela, a partir de un croquis original de don Jaime Reynaud y el Delineante Capitán del Ejército Español don José Domínguez

MAR CARIBE



Mendoza, que pertenecieron al Gabinete de Dibujo del Servicio Histórico Militar. El croquis fue publicado en el libro *La guerra del Caribe en el siglo XVIII*, de Juan Manuel Zapatero.

Antón siempre tenía miedo. Tenía miedo de los salones oscuros y de las calles desiertas, tenía miedo de sí mismo, de perder la cordura y dejar de saber quién era, pero por encima de todo tenía miedo del miedo de los demás. Sabía bien Antón que el pánico podía extenderse con el viento, como un olor enervante, contagiando a todo aquel que lo respirase. Y si así sucediera, las multitudes se agolparían como el ganado en las llanuras de Mompós o como los negros africanos que, al descender de los barcos temblando a causa de las fiebres y del susto inmenso que los ofuscaba, se empujaban y pisoteaban unos a otros en el malecón. Era aquél un miedo superior a todos los demás, superior a cualquier cosa en realidad, más grande y más temible que las olas que el Caribe enviaba a veces, nacidas en alguna tormenta en sus entrañas, capaces con sus embates de desmoronar las murallas de la ciudad. Acurrucado bajo las sábanas como una crisálida, pensaba Antón que todo nacía de ese invencible miedo colectivo ante algo que superaba a los hombres y las ciudades, de ese contagio súbito que mucho debía de parecerse al que guiaba, en un baile de

sucesivas alarmas, los bancos de peces bajo el mar. Y era ese miedo, que le llegaba por la ventana abierta confundido con la canción silenciosa de las fragancias nocturnas, el que asolaba Cartagena de Indias en los primeros días de aquel mes de marzo de 1741. En la oscuridad, y no en el tumulto de la vida diurna, podía Antón percibirlo con una claridad que convertía su sueño en un continuo sobresalto de silencios.

Aunque habían quedado atrás los calores más fuertes del verano, había tanta humedad en el aire que los soplos de brisa que entraban por las ventanas parecían paños calientes. Cartagena entera se sofocaba entre las ciénagas salobres y el mar abierto. Por las mañanas, tras las noches interminables, flotaba en el aire un olor denso a excrementos de animales y frutas podridas. Bajo aquel calor implacable la ciudad recobraba una vida morosa bien distinta de la que reinaba en el cielo siempre cambiante. Más allá de las cúpulas de las iglesias las bandadas de golondrinas se deslizaban ingravidas, y más arriba aún las nubes pasaban como una exhalación, deshilvanándose en ocasiones y agrupándose otras para descargar lluvias tan fugaces que humedecían la tierra sin llegar a empaparla. Era como si el tiempo, libre de obstáculos allí en lo alto, transcurriera a una velocidad vertiginosa hacia un futuro en el que nada podía suceder salvo el constante discurrir de formas volubles.

En Cartagena se comía temprano, quizá por adelantar una siesta de la que la ciudad renacería con la brisa benévola del atardecer. Aquel día de marzo, Antón, aseado por Eulalia con el exagerado esmero con que la esclava se ponía a salvo de las reprimendas de su señora muerta, esperaba sentado a la mesa, adormecidos ya los terrores nocturnos y cumplidos sus deberes matinales,

la llegada furibunda de su padre. A las doce en punto entró el virrey, tiró la peluca en una butaca y se sentó a comer con un gesto agrio, paseando la mirada por el mantel como si echara en falta algo en la vajilla. Tenía la frente y la papada perladas de sudor. Contempló con desgana su plato de estofado y luego miró en silencio a su hijo. Miraba a Antón sin verlo, tal como siempre hacía, utilizando su rostro como un muro contemplativo que le permitía enfrascarse en sus muchas preocupaciones. El virrey era un hombre acostumbrado a despreciar a los demás, pero durante los últimos días había hecho una especial exhibición de su carácter arrogante: se había visto obligado a enviar sus escasas tropas a impedir que los habitantes de la ciudad huyeran tierra adentro. Desde hacía un tiempo corría el rumor de que el inglés volvería a atacar con renovadas fuerzas. Se decía que se encontraba ya en Jamaica pertrechando una armada en la que incluiría hasta a piratas de la zona y colonos americanos junto a lo más granado de la aristocracia enemiga. Los barcos que amarraban en el puerto de Cartagena dejaban caer la noticia y zarpaban de nuevo en busca de refugios más seguros. Dos días antes, como una premonición de lo que estaba a punto de suceder, tres navíos con pabellón británico habían aparecido por Punta Canoas para torpedear durante un rato las defensas costeras y finalmente acabar fondeando a cierta distancia de la ciudad. Desde entonces reinaban un silencio y una calma amenazadores, tanto como los que mantenía el virrey sentado a la mesa mirando a su hijo sin verlo y sin probar el estofado. Antón tampoco se atrevía a llevarse el tenedor a la boca por miedo a que su gesto sacara a su padre de su ensimismamiento y provocara en él una reacción desquiciada. Por suerte para el muchacho, un

oficial irrumpió en el salón con noticias urgentes que interrumpirían aquella comida inmóvil. Se advertía que el hombre luchaba por contener la excitación.

—Ya están aquí, Excelencia. Sobre la línea del horizonte.

El virrey dejó escapar un largo suspiro, dio unos golpecitos en la mesa con las yemas de los dedos y se puso en pie.

—¡Maldito Vernon, no parará hasta machacarme! —soltó, recuperando su voz más bronca—. ¡Y maldita sea nuestra escuadra! ¿Qué diablos hace en La Habana? ¿Cómo vamos a defendernos si sólo tenemos seis barcos?

Se volvió hacia donde se encontraba su hijo y lo vio por fin. Su mirada se fundió con la del muchacho.

—A partir de ahora no podré cuidar de ti. Ya tienes quince años, compórtate como un hombre... Y usted, capitán, dígame a Blas de Lezo que se presente de inmediato en el baluarte de La Merced.

Salieron del salón dejando a Antón sumido en la ansiedad. El corazón le bombeaba con tanta fuerza que parecía un animal inquieto que le hubiera anidado en el pecho. Dejó él también la comida en la mesa y bajó a la calle. A la sombra de los soportales, los escribanos habían salido de sus tiendas y conversaban en corrillos señalando el carruaje del virrey, que se alejaba hacia las murallas. Corrió Antón en dirección contraria como alma que lleva el diablo. En la Plaza Mayor, frente a la Casa de la Inquisición, la multitud se agolpaba sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse. Un grupo de milicianos voluntarios intentaba reclutar a más gente entre los asustados vecinos. Algunas mujeres llevaban a rastras a sus esclavos y los ofrecían a los soldados. Entre los negros se reconocía a los que habían llegado hacía poco de Guinea o de Angola porque iban con la boca abierta y

los ojos siempre desorbitados. Sin dejar de correr dobló Antón por la calle de Los Santos de Piedra. Allí, a pocos metros, estaba el taller de don Sebastián Genaro.

El hombre, ya mayor, se encontraba a la puerta de su establecimiento. Tenía el pelo blanco y siempre desgreñado, pues se lo mesaba cada vez que le sobrevenía una idea. Era como si los pensamientos le picaran. Sus dedos largos y finos parecían irsele a quebrar cada vez que cogía algo, pero con aquellos dedos de apariencia tan frágil había hecho las joyas, los cofres y hasta los cálices más preciados en la ciudad. En aquel momento los tenía ocupados acariciando el antebrazo de su hija Rosario. Ella era mulata. Don Sebastián había nacido en España, en un pueblo de León, pero de muy joven se había trasladado a las Indias con la idea de amasar una fortuna. La pasión que sentía por el oro le había llevado finalmente a dejarse arrastrar por la vena artística que se escondía entre sus largos dedos. Sus filigranas eran tan finas y complicadas que, según decían las damas acaudaladas que conformaban su principal clientela, convertía las pepitas de oro bruto en alegorías de místicas y sublimes reflexiones. Quizá por eso le escocían siempre las ideas. Tras muchos años dedicado en exclusiva a su oficio y a un terco celibato, había acabado casándose con la esclava que le limpiaba la casa y cocinaba para él. Era una mujer gorda y de mirada bondadosa, nacida en Gabón y tan negra que las mejillas, según le daba la luz del sol, se le teñían del azul oscuro y aterciopelado de los zafiros. Sus carnes temblorosas recordaban en algo a una gran piedra preciosa maleable, lo que sin duda era muy grato para su marido. La bautizaron con el nombre de Belén, pero ella se negó siempre a responder a otro apelativo que el de Muma, del que decía que era en ver-

dad el suyo. Murió al dar a luz a Rosario, canturreando en una lengua que todos creían que había olvidado y que nadie pudo entender.

La muerte de Muma en el parto hizo que su hija creciera atacada por una timidez enfermiza que no escondía sino un gran sentimiento de culpa. Más que del fallecimiento de su madre, de la que nada podía recordar, se sentía culpable de la soledad en la que vivía don Sebastián. Así que, desde que tuvo edad para ello, se dedicó a él por entero. Aunque ya había dejado atrás los veinte años nunca permitió que otro hombre se acercara a ella, de tal modo que las malas lenguas, siempre afiladas, decían que había asumido por entero el papel de su madre y que eso era lo que la gorda Muma ordenaba a la recién nacida en su idioma indescifrable poco antes de exhalar su último suspiro. Pero ella seguía cuidando de la casa, de su padre y del joven aprendiz como si nada sucediera, y se reía con dulzura cuando éste aseguraba tener una mirada capaz de doblar las esquinas e incluso, a veces, de atravesar algunas paredes.

Porque cuando el entusiasmo o la curiosidad espoleaban al aprendiz, que se llamaba Darío, decía disfrutar de unos extraños poderes que le permitían ver el mundo con mucha más claridad que el resto de los mortales. Era un muchacho mestizo de una edad aproximada a la de Antón, aunque nadie sabía cuándo había nacido. Tenía la piel más clara que Rosario y los ojos levemente rasgados, por lo que era fácil suponer que su padre habría sido algún comerciante sirio o libanés y su madre una mulata cartagenera. Fueran quienes fuesen nadie supo nunca de ellos, ni se pudo conocer por boca de Darío nada anterior a la mañana en la que, en un mercadillo en el que Rosario andaba comprando batatas, fríjoles y

yuca, se le plantó delante el muchacho y le dijo que ella era su madre porque así lo veía él con un ojo que tenía escondido en el fondo de los sesos. Rosario, que jamás en su vida contradijo a nadie –y no por causa de su timidez sino porque, a la casta mujer, la gente que creía tener razón sin tenerla le despertaba un irrefrenable instinto protector–, se tomó en serio la proclama a pesar de ser bien evidente que, de ser ella la madre de aquel jovencito harapiento, lo habría traído al mundo más o menos a los diez años de edad. Tras encogerse de hombros, se llevó al muchacho a casa. Así llegó Darío a convertirse en su ayudante y, poco tiempo después, en el aprendiz de don Sebastián.

Aquella mañana su cabeza asomó por el quicio de la puerta a espaldas del orfebre y su hija. Al ver a Antón hizo una mueca nerviosa y se atrevió a salir del establecimiento.

–Sabía que ibas a venir –le dijo, utilizando quizá su clarividencia, mientras el otro saludaba a sus tutores.

La calle se estaba llenando de gente. Parecía que nadie se viera con fuerzas para permanecer en sus casas. En un día normal habría sido bien distinto. Era la hora de la siesta y las calzadas habrían estado prácticamente desiertas. Rosario retrocedió asustada hacia la puerta de la tienda. Pero a Darío se le veía ansioso por mezclarse con la multitud.

–Dicen que es un gran ejército –murmuró don Sebastián–, una armada mucho más grande que la Invencible. Las iglesias están abarrotadas de fieles. Mejor será que esos papanatas recen mucho, porque si no sucede un milagro mis obras van a acabar decorando los salones del otro lado del mar.

–Algunos curas dan misa –intervino Darío con rego-

cijo-, pero todos los demás esconden los tesoros. Los entierran o los emparedan. Si los ingleses quieren encontrar algo van a tener que demoler la ciudad.

-No dudes que lo harán, muchacho. Aquí no va a quedar una piedra sobre otra.

Antón recordó el semblante de su padre durante la comida y supuso que don Sebastián tenía razón. Se dio cuenta de que necesitaba fijar de algún modo el miedo que le atenazaba por las noches, para que no se volviera ingobernable: necesitaba encerrarlo en una imagen que, aunque poblara sus pesadillas, le permitiera sobrevivir a su imaginación. Subiría al cerro de La Popa a ver los barcos enemigos. Sin embargo, las piernas le temblaban y sospechaba que le iban a fallar las fuerzas. Nunca se había fiado de sí mismo. En cambio, sí se fiaba del arrojo inconsciente de su amigo Darío. En la escasa advertencia del peligro que tenía el mestizo encontraba Antón la seguridad de los indecisos. Pidió a don Sebastián que permitiera a su pupilo acompañarlo y Darío se mostró entusiasmado con la idea.

Regresaron corriendo al palacio pero no llegaron a entrar. Fueron directos a las cuadras para sacar del establo el caballo de Antón. Se lo había regalado su padre pocos meses atrás, y le había puesto de nombre Comején por su manía de meterse por los lugares angostos que más pudieran molestar a su jinete. Era un cimarrón joven, de color gris y nervios poco templados, al que aquella mañana no se le escapaba la agitación que se vivía en las calles. Golpeaba los cascos contra el suelo mientras Amaro, el viejo negro encargado de las cuadras, le fijaba la silla de montar. Amaro tenía los ojos diminutos y velados, y unas manos tan grandes que parecían hechas para abrir zanjas en la tierra. Cogió con fuerza las bridas para que

el hijo del virrey saltara sobre el animal y Darío se acomodara en la grupa. Luego acarició el cuello de Comején y se retiró al rincón donde, sentado en una bala de heno, dejaba pasar los años canturreando en la penumbra.

Ya en el exterior tuvo Antón que atar cortas las riendas para controlar el espanto del caballo. Con grandes problemas causados por la multitud, que encabritó a Comején un par de veces, salieron del recinto amurallado por la puerta de la Media Luna. Antón espoleaba el caballo y Darío, sin poder contenerse, espoleaba a su amigo en los riñones. Dejando a su derecha la isla de Manga, cruzaron por el puente hasta tierra firme. Frente a ellos se alzaba imponente, sobre una loma desde la que habría de proteger el acceso a la ciudad, el fuerte de San Felipe. Podrían haber ido a ver los barcos desde allí, pero Antón quería hacerlo desde mucho más arriba, desde el lugar más alto. Pasaron de largo y enfilaron el camino del cerro.

La subida al convento de La Popa serpenteaba por entre una espesa vegetación en la que, a lo largo de estrechas veredas que se mantenían abiertas a golpe de machete, grupos de negros liberados habían ido construyendo sus cabañas. Allí, por lo habitual, iban a esconderse también los esclavos fugitivos antes de huir hacia el canal del Dique y el río Magdalena en busca de las aldeas sublevadas que empalizaban a semejanza de las que habían habitado en África. En aquel camino todos los que acudían a curiosear la ascensión de los dos muchachos llevaban la marca real grabada a fuego sobre el seno izquierdo. Antón fustigó a Comején para que cabalgara más deprisa, pues no le gustaba pasar por allí. Notaba en la nuca el aliento fogoso de Darío, dominado siempre por la fiebre aventurera que lo consumía por

dentro. El mestizo no se cogía de su cintura. Si el caballo hacía un requiebro se limitaba a posar las manos sobre sus ancas, pero el resto del tiempo iba con los brazos al aire, buscando golpear las ramas de los árboles. Cuando llegaron al convento saltó de la grupa antes de que el jinete pudiera detener el caballo. Corrió hacia el barranco y apoyó el estómago en la baranda.

—¡Ven a ver esto! ¡Ven a verlo!

Antón palmeó suavemente el lomo de Comején, que estaba cubierto de sudor. Luego, con el alma en un puño, lo llevó por las riendas hasta donde le esperaba su amigo. Bajo ellos se extendía la ciudad entera, rodeada de lagunas y manglares. Pero no era eso lo que Darío señalaba. La línea del horizonte aparecía totalmente cubierta por velas hinchadas por el viento. Había tantos barcos que era imposible contarlos. La flota inglesa, escoltada por miles de gaviotas bajo aquel cielo que se precipitaba hacia un vaporoso futuro, ocupaba toda la extensión que alcanzaba la vista. Parecía, más que un ejército, una hecatombe que estuviera a punto de devastar la ciudad. Y seguramente lo era. Sin embargo, en el mismo momento en que vio aquella estampa que tanto había temido, se le aplacaron al hijo del virrey los latidos del corazón. El miedo se le había pasado por completo. La visión de la flota enemiga, por muy extraordinaria que fuera, encerraba sus pesadillas en los límites de la realidad. Acodado en la baranda junto a Darío recordaba Antón la habilidad de su amigo para aplastar moscas en las paredes y sobre sus propias piernas, y meditaba con cierta melancolía que los insectos, instantes antes de morir y llevados quizá por una admiración parecida a la que a él le causaba la flota inglesa, debían de contemplar fascinados la palma extraordinaria que se abatía sobre ellos.

-¡Será increíble! -gritó Darío-. ¡Será lo más grande que se haya visto nunca!

Y concluyó:

-Nos apuntaremos voluntarios.